
ENCUENTROS CON JESÚS, EL HOMBRE SIN MENTIRA

Meditación de Marcel Légaut,
Mirmande, Julio de 1981

Voy a meditar con vosotros en las razones que, en nuestra época, hacen que –si queremos seguir siendo cristianos– no podamos contentarnos simplemente con la doctrina acerca de Jesús, antes por el contrario tengamos que penetrar en la comprensión de su vida humana, precisamente para dar a la doctrina, en la medida en que es digna de ello, el alcance que, sin duda, alguno de sus creadores quisieron darle pero que sus sucesores, frecuentemente, por medio de repeticiones, fueron perdiendo poco a poco.

El punto de partida de lo que somos hoy, de lo que nos queda de Cristianismo, es, evidentemente, la percusión espiritual que Jesús provocó en algunos judíos que se encontraron con él. Para mí, la base es el encuentro con Jesús; un encuentro en profundidad.

Sin embargo, los apóstoles, nos hablan de este encuentro de una manera extremadamente discreta. Cuando se nos cuenta el modo como Jesús se encontró con sus discípulos, más que de encuentros parece que se trata de nombramientos. Él ordena. No creo que esto sucediera así. En esta manera de presentar los encuentros (pues cuando los Evangelios aparecen ya llevan las Iglesias bastante tiempo constituídas), ya hay como un primer eco del "derecho canónico" de la época. Por eso elimino completamente esta perspectiva. Para mí, Jesús no nombró a sus discípulos diciéndoles: ¡Tú, sígueme!, etc. Primero, se encontró con ellos en profundidad.

Un encuentro en profundidad ocurre en ambos sentidos, de manera que cada uno ayuda al otro a descubrirse. Claro, en las perspectivas de antes, Jesús lo sabía todo y, por lo tanto, no tenía necesidad de descubrir su misión... Pero en nuestras actuales perspectivas, Jesús fue tomando conciencia progresiva de su misión. Y quienes más le ayudaron a hacerlo –aparte de algunos encuentros más excepcionales– fueron, sin duda, los que paso a paso le siguieron hasta el final. En fin, encuentro en profundidad: eso es lo capital. En el fondo, la Iglesia de siempre, en la parte esencial de su vida espiritual, ¿no se desarrolló y propagó por encuentros en profundidad? Pero hay algo más.

Desde hace tiempo le doy muchas vueltas al tema de los demonios (!) Es un tema muy complicado, pues demonios, enfermedades y pecados, todo está mezclado en condiciones difíciles. Los demonios abundan más en el evangelio más primitivo (el de Marcos) que en los siguientes. Si en éstos se sigue hablando de demonios, es más bien como explicaciones un poco teológicas. Pero en Marcos, cuando Jesús pasa, los demonios se revelan. Mirad la explicación que le encuentro a todo esto: en el fondo, el diablo (en el que de ninguna manera creo) es el padre de la mentira. Y en la mentira, sí que creo. El diablo es el padre de las mentiras. Cuando, hace tiempo, estudiábamos a Gabriel Marcel, se hablaba mucho de las mentiras interiores.

Lo que pienso es que Jesús era el hombre sin mentira, ni exterior (está claro) ni interior. Y esto se nota. Y se entiende que, al paso de Jesús, y sin que él tenga necesidad de decirlo, esto se manifieste. Todo ello entra de lleno en la línea de su misión; cuando polemiza con los fariseos, es porque mienten, y porque mienten en nombre de la Ley.

Aquí tenemos, pues, un primer punto: encuentro en profundidad y encuentro con un hombre sin mentira. Cuando Jesús hubo muerto, la primera generación cristiana ya no se encontró con Jesús como los discípulos se habían encontrado con él. Los discípulos atestiguaron lo que habían vivido a su lado. No sabemos con exactitud cómo dieron su testimonio, pues nuestras Escrituras ya están muy elaboradas. Conocemos lo que ellos dijeron únicamente a través de una primera doctrina naciente que se iba buscando a sí misma (el discurso de Pedro en los Hechos de los apóstoles), pues en aquella época no había taquígrafos, aunque muy pronto hubo teólogos. En cualquier caso, no cabe duda de que muy pronto se elaboró un "catecismo". Creo que el primer catequista no se tomaba demasiado en serio lo que decía; creía más allá de lo que decía y eso era, precisamente, lo que daba a su enseñanza un valor que se aproximaba más al testimonio que a la enseñanza. En este terreno, el testimonio da a la enseñanza un alcance que la propia literalidad de la enseñanza no puede ofrecer. Además, esta enseñanza estaba de acuerdo con el universo mental de sus oyentes y por eso se entendía bien. De esto estoy menos seguro pero tal vez los discípulos recibieron también de Jesús este deseo de ser auténticos, de decir la verdad, de no mentir, de no mentirse a sí mismos. Mucho lo necesitaban, ya que toda la presión sociológica de su tiempo consistía en hacerles decir lo que ellos no pensaban.

Era preciso que, oponiéndose a la sociedad, se apoyaran en su verdad, en la verdad de su corazón, para resistir a una presión sociológica que no carecía de poder. Tal vez entre ellos hubiera algunos hombres sin mentira. Tenemos, por ejemplo, el caso de Natanael, un hombre verdadero. Jesús debía de ser muy sensible a esto.

Desde hace veinte siglos, prácticamente nos hacemos cristianos por medio de la catequesis. Mientras nuestros universos mentales no cambiaron mucho, en cierta medida, la enseñanza estaba adaptada. Uno de los dramas de nuestra época radica en que nuestro universo mental ha sido trastornado por las ciencias desde hace unos cuantos decenios mientras que la doctrina no ha seguido esa transformación. Mucho tiempo se necesita para que la doctrina siga el cambio, pues, como la hemos sacralizado tan decididamente, hemos hecho todo lo posible para que no se mueva. Y para que se mueva, sin que se diga que se mueve, pero moviéndola en realidad, hace falta mucha astucia, mucha inteligencia.

No todo el mundo tiene esa capacidad. Y, además, hemos de reconocer que la mentira no ha desaparecido de nuestros ambientes. Al vivir en sociedad (incluso cuando vivimos solos), vivimos un poco en la mentira. ¿Qué queréis que hagamos? Hay que poner aceite en los rodamientos (mentiras de cortesía, mentiras por caridad, mentiras piadosas...) No llegan muy lejos. Pero, cuando se forma parte de una sociedad muy autoritaria, muy jerarquizada, en la que la ortodoxia es muy importante, la gente ya sabe lo que tiene que pensar, y lo sabe antes de pensar. Esto no les anima a pensar después. La gente dice aquello que se debe pensar y no piensa, y así se llega a no saber ya lo que es pensar: a fuerza de que se nos diga lo que hay que pensar. ¡Estamos en la mentira incluso cuando estamos en guardia! Y esta situación no ha terminado.

Mas, ¿cómo irradiar si no somos hombres sin mentira? Es preciso que lo que Jesús fue, nosotros lo lleguemos a ser. Nuestros encuentros en profundidad con los otros pueden a veces ser verdaderos. Pero, si fuéramos hombres sin mentira, ¡cuánto más numerosos serían estos encuentros y cuánto más lejos irían de lo que somos capaces de decirnos! Y eso es lo

importante. Y es que, en esos encuentros en profundidad, cada uno se descubre más allá de la idea que se hacía de sí mismo. Pero cuando uno tiene ante sí a un hombre sin mentira, la revelación que de sí mismo puede recibir, es aquélla contra la que lucha más fácilmente y con mayor vigor, pues sus autodefensas le inducen a ello: es la revelación de sus mentiras íntimas.

Pues bien, eso es lo que más necesitamos: hombres sin mentira. Se puede adquirir, pero tiene sus dificultades. Apenas es posible ser sin mentira. Hay que saberlo. En cierto modo, necesitamos la mentira para vivir en sociedad, como decíamos hace un momento, de manera que no todas nuestras autodefensas son ilegítimas. Muy fácilmente nos descorazonaríamos si nos viéramos como realmente somos. Por consiguiente, más vale no descorazonarnos demasiado aprisa. Pero no cabe duda de que es muy importante que nos vayamos arraigando poco a poco en la fe, o mejor, que la fe se arraigue suficientemente en nosotros para que no necesitemos vestidos protectores.

Toda nuestra religión está hecha para protegernos de lo real, siendo así que debería conducirnos a poder mirar la realidad cara a cara. Reconoced que esto supone una trágica inversión de las perspectivas. Lo que la religión tiene de consoladora es lo que la envenena. Antes, ni siquiera estaba permitido pensar estas cosas. Y ahora todavía no se pueden decir. Pero estamos llegando a una época en la que será necesario decirlas pues nos acercamos a una gran crisis. En las obras de Gabriel Marcel, la mentira interior siempre sale al descubierto con ocasión de las crisis, sean conyugales u otras.

A menudo, nuestras faltas más graves son las más preciosas para llegar a ser nosotros mismos (para llegar a ser uno mismo a partir de su mentira desvelada). En la crisis de la Igle-

sia, claramente se trata de esto. Necesitamos ser veraces (seamos modestos), esto es, sin mentira con nosotros mismos. A este nivel, toda la liturgia habría de ser reestructurada desde la base. Las hermanas carmelitas inventan sus oraciones. Tienen la talla de ser creadoras. Hay momentos en los que dicen palabras verdaderas, extraídas de ellas mismas, poderosas y auténticas. Por eso tienen tanta irradiación. También de nosotros (en la medida en que intentamos ser verdaderos, más allá incluso de las palabras que decimos) alguna cosa sale que va más lejos de lo que el oído puede oír y que llega hasta el corazón. Uno de los primeros aspectos de nuestra relativa ausencia de mentira consiste en reconocer que nuestra Iglesia, actualmente –y también desde siempre–, no comprendió el mensaje fundamental de Jesús: ser sin mentira.

La condición para que cada uno de nosotros vaya teniendo, a su manera y a su ritmo, a ser una persona con menos mentira, consiste, evidentemente, en recibir del conocimiento interno de Jesús esta influencia de lo que él era. Él y la mentira son incompatibles. Y, si entramos en la comprensión profunda de ese hombre sin mentira, su realidad impacta sobre la nuestra. Nuestros demonios se largan. En contacto con un hombre puro, uno se vuelve puro; en contacto con un hombre sin mentira, tal vez uno pueda, progresivamente, a lo largo de su vida, ir teniendo menos mentira.

A parte de este conocimiento interno de la vida de Jesús, uno de los medios de descubrir las propias mentiras consiste en tener con otro un encuentro en profundidad. Y en silencio. El silencio tiene mucha importancia, ya que, cuando empezamos a hablar de religión, empezamos a decir mentiras... Mejor callarse. Tan pronto como hablamos de Dios no decimos lo que realmente vivimos de Él sino lo que deberíamos vivir de Él: ya estamos en la mentira.

Hay un momento en la vida de cada uno en el que las mentiras son expulsadas por el acontecimiento: ocurre cuando la muerte se aproxima. Entonces no necesitamos las mentiras y las autodefensas se vuelven inútiles. En ese momento, uno se vuelve verdadero y sus palabras también son verdaderas. Un hombre que muere como un hombre, tiene vida espiritual, tiene profundidad humana. En cierto modo ya no es plenamente de este mundo, y por eso, de alguna forma, nos habla un lenguaje distinto al del mundo. A la cabecera de un moribundo, las personas que no podían verse se vuelven a encontrar y los hijos dispersos reencuentran el sentido de su unidad.

Probablemente bajo esta influencia, los autores del cuarto Evangelio hablaron de Jesús en el momento de la Cena. Jesús fue verdadero: dijo todo lo que tenía que decir o, al menos, se le hizo decir todo lo que se necesitaba que dijera para no ocultar nada de lo que había sido para sus discípulos (aunque mezclándolo con un poco de gnosticismo y de judaísmo).

Hay una gran relación entre la verdad de una vida y lo que ocurre después. Tal vez fuera María Magdalena la que más se había aproximado a Jesús, una vez expulsados sus siete demonios. Tal vez fuera ella la mujer a la que más amó Jesús y, por eso, tuvo esta íntima gracia de reencontrarlo después.